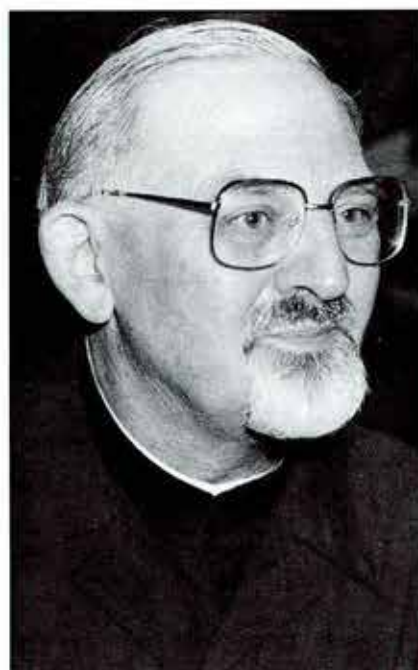


“Ni nuestra relación con Dios ni nuestra formación serían ignacianos, si no condujeran a la acción, al servicio de los demás”

Discurso del P. General de la Compañía de Jesús en la sesión inaugural del Congreso Mundial de Antiguos Alumnos y Alumnas Loyola. Bilbao, 18 de julio de 1991

El desarrollo de vuestro tema para este Congreso empieza, con acento, investigando nuestras raíces, nuestra identidad con el espíritu y la espiritualidad de Ignacio. Una de las características de esta espiritualidad es exigirnos un crecimiento y renovación constantes a fin de que seamos en todo momento más eficaces en el contexto del flujo perpetuo en el que vivimos. Y así, con sabiduría, vuestro programa prosigue con un segundo paso hacia la consideración práctica de aquellos medios que aseguran una formación continua de alumnos y alumnas. Y puesto que la espiritualidad de Ignacio es por su naturaleza apostólica, ni nuestra relación con Dios ni nuestra formación serían ignacianos si no condujeran a la acción, al servicio de los demás. Este servicio que nos hace partícipes de la vida de los demás, especialmente de los pobres, se convierte a su vez en una prueba fehaciente de la sinceridad de nuestra espiritualidad y de la eficacia de la formación permanente. Siendo así, vuestro programa ofrece una pauta para una verdadera experiencia ignaciana y un continuo proceso de crecimiento. Como educadores jesuitas os apoyamos y animamos en este crecimiento.



La Espiritualidad Ignaciana surge, como ahora, cuando "un orden mundial se resquebrajaba y otro se esforzaba por nacer"

Empecemos, pues, comprendiendo algunos elementos esenciales de la espiritualidad ignaciana. Ignacio de Loyola vivió en una época que se puede comparar a la nuestra por su turbulencia y promesa. Como nosotros, vivió cuando un orden mundial se resquebrajaba y otro se esforzaba en nacer. Los viajeros soñaban en nuevos mundos y en viajes hasta el fin de la tierra. El código de caballería excitaba las imaginaciones de los jóvenes, pero frecuentemente la li-

cencia pervertía la belleza del amor. Mezquinos celos destrozaron el mapa de Europa, con guerras sangrientas. La Iglesia de Roma sufría el asedio de la corrupción dentro de sí misma y el de aquellos que se proclamaban reformadores. La Iglesia y la Sociedad civil, pilares de la cultura y aspiraciones humanas, parecían tambalearse. De pronto, la Cristiandad se resquebrajó en sus juntas. En medio de esta incertidumbre, las reacciones del pueblo oscilaban desde la nostalgia (una negación de la realidad) al hedonismo (comed, bebed, estad alegres, que mañana moriremos), pasando por racionalizaciones y romanticismos. El mundo se tambaleaba en medio de un shock cultural, de desorientación y de desilusión. Y como

suele ocurrir, las inseguridades dieron paso al egoísmo que erosionó el interés del que tanto necesitaba el bien común en medio de toda esta confusión, el pueblo ansiaba comprensión, significado y unidad.

Factor común del tiempo de Ignacio, y ahora: "progreso en tecnología y cultura"

Si intentamos definir un factor común al tiempo de Ignacio y al nuestro, se podría decir, a pesar de tan acentuadas diferencias, que éste fue el descubrimiento de la capacidad humana de efectuar un progreso sensacional en tecnología y cultura, así como la comprensión de que este descubrimiento va contra la

humanidad, si no se respeta al Creador y Redentor de todo. No deberíamos caer en la tentación de bloquear simplemente el progreso; por el contrario, es necesario redimirlo, convertirlo en un instrumento bienhechor de todo el pueblo de Dios. En este sentido, para Ignacio y para nosotros, los grandes problemas son básicamente problemas espirituales. El Padre Arrupe lo resumió cuando dijo: "la persona humana puede transformar el mundo, pero en realidad no quiere hacerlo". En tal caso, el progreso se convierte en desastre y frustración.

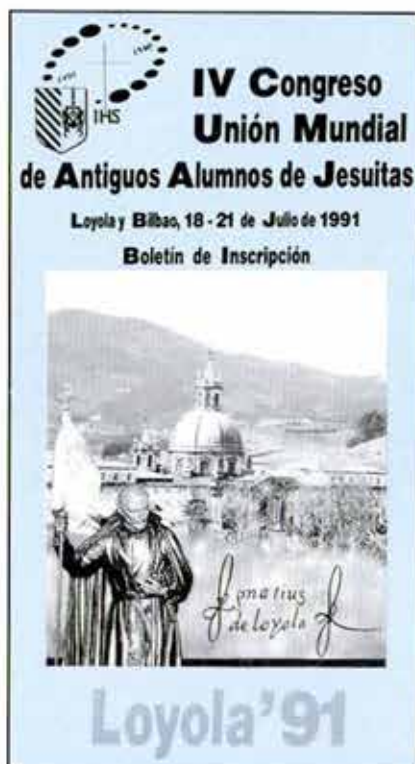
Con este telón de fondo del siglo XVI encontramos al joven y ambicioso Ignacio al servicio de la Corte de Castilla, inteligente, de vida disoluta, ambicioso. Como caballero, fue audaz, deseando servir a su rey más allá de la llamada del deber. Y así, durante la guerra contra los franceses en Pamplona, condujo un ataque desesperado que podría haber resultado en su muerte. Sus amigos le llevaron, atravesando montañas, a su casa, el castillo de Loyola, con una pierna casi completamente fracturada, y la otra, herida de gravedad. A pesar del dolor, la vanidad prevaleció, e Iñigo insistió en que rompieran otra vez su pierna y la reajustaran, para que su apariencia no causara desagrado a las damas de la Corte, cuando le vieran con jubón y medias.

"Dios puede ser hallado en todas las cosas"

Pero durante su larga convalecencia ocurrió algo inesperado. Permitid que os lo cuente el mismo Ignacio con sus propias palabras:

"Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un Vita Christi y un libro de la vida de los Santos en romance.

Mas, dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; más cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén descalzo y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber



hecho los santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejado, quedaba contento y alegre.

Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos y empezó a maravillarse desta diversidad y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre, y, poco a poco, viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios. Y de esta lección comenzó a tomar lumbré". (Autobiografía, Nº 6, 8, 9)

Esta corta historia narra la situación de quizás la más original intuición de Ignacio de la cual se derivó todo su trabajo, es decir, la concepción de que Dios puede ser hallado en todas las cosas, que toda experiencia humana tiene una dimensión y significado religiosos. Mientras algunos contemplan al "mundo" como un desierto religioso, Ignacio estaba convencido de que está repleto del Espíritu de Dios, y que el Resucitado ha conquistado a aquel mundo que es hostil a Dios. Encontraremos al Dios presente, sólo si lo buscamos. Si vigilamos atentamente a través de la oscuridad de la noche, podemos distinguir el amanecer; de la misma manera, la luz nos revela a Dios siempre

trabajando por nosotros como Creador y Salvador. De aquí se deriva el deseo de Ignacio de discernir, de distinguir la luz de las tinieblas, de descubrir la bondad de Dios trabajando incluso en medio del mal humano, oír la voz del buen Espíritu en medio del ensordecedor ruido del mal.

Tenemos en la historia de la propia conversión de Ignacio, que he leído hace unos momentos, una descripción del "discernimiento de espíritus" en la vida ordinaria, una descripción que pone fuera de juego a cualquier teoría que hace del "discernimiento de espíritus" una disciplina espiritual esotérica y arcaica, asequible sólo a los que poseen dones espirituales y expertos en teología.

"Todo lo que ocurre está dentro de la gran ruta personal de la muerte a la vida"

Otra escena de importancia en el crecimiento de Ignacio ocurre a finales del verano de 1522. Después de meses de alternar entre la felicidad en la oración y las noches oscuras del alma que le incitan al suicidio, Ignacio salió de Manresa a visitar una cercana Iglesia. Por el camino, se sentó contemplando el Río Cardoner a sus pies. Mientras estaba sentado, empezó a abrirse su entendimiento. Ignacio insiste en que no se trataba de una visión; pero comprendió realidades sobre la tierra y el cielo con tal claridad que todo le pareció nuevo. Nunca fue capaz de ponerlo en palabras. Más tarde, confió a sus queridos colegas que la iluminación tuvo mucho que ver con Dios Uno y Trino, con la formación del mundo y de un cuerpo para el Hijo. Pero, incluso después de pasadas tres décadas, lo que asombraba más no era el "qué" sino el "cómo", la claridad cristalina de su entendimiento —tal claridad que esta experiencia única sobrepasó todo lo que había aprendido o todo lo que Dios le había dado en sesenta y dos años.

Cuando miramos al reverso de un tapiz, vemos una masa de hilos en completo desorden, sin ninguna pauta coherente. Puede que la gran historia del mundo, e incluso nuestra pequeña historia individual, nos parezca también algo semejante. En la visión del Río Cardoner, Ignacio vislumbró brevemente el tapiz



como debería ser visto: como el trabajo de la armonía y perfección de un artista que lo hizo todo, como Alfa y Omega, como principio y como fin. En el Cardoner, Ignacio comprendió subitamente que creemos sin ver, es decir, que todo lo que ocurre está comprendido dentro de la gran ruta pascual de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz. La visión de Cardoner dio significado a todo lo que había tenido lugar durante la vida de Ignacio.

"No es suficiente saber sobre Dios; es necesario conocer a Dios"

Manresa fue para Ignacio lo que Damasco fue para Pablo, y el matorral en llamas para Moisés: la auto-revelación de Dios, cargada de misterio que inició su misión, una llamada hacia la marcha en una carretera ensombrecida que se abriría a medida que avanzaba por ella. La experiencia le transformó. No solamente externamente: más presentable, más social, menos áspero y rígido, más humano. A nivel más profundo, fue su alma la que cambió. Una espiritualidad, que había sido individualista e introspectiva, se convirtió en más y más comunitaria y apostólica. Y sabemos que el Cardoner fue el ápice y a la par la cristalización de Manresa, dio una nueva orientación a los Ejercicios Espirituales, y probó ser un preludio de la formación de la Compañía de Jesús. El descubrimiento hecho en Manresa fue el

desdoblamiento personal de la visión del Cardoner. El universo no es una máquina maravillosa, un sistema donde todo sigue su camino gracias al poder de una fuerza sin nombre; sino toda la creación es un gesto personal del amor de un Dios personal que nos conoce a cada uno individualmente, y nos invita a considerar nuestras vidas, no como productos de un hado ciego, ni como rutina monótona, sino como una respuesta a Dios que hay que ofrecer personalmente; ya que la vida humana es una llamada personal—una vocación—y una responsabilidad, una respuesta que una persona da a otra.

Más aún, Manresa y el Cardoner nos dicen que para seguir a Ignacio no es suficiente saber sobre Dios; debo conocer a Dios. La gracia de Manresa no es un privilegio especial otorgado a la élite jesuita; se dió al seglar Ignacio; es una gracia que Dios no rehusa a nadie, ya que es una gracia para toda la familia humana.

"Dios en medio de la vida diaria"

A veces creemos que encontraremos a Dios en los movimientos de tranquilidad interna, o en el sentimiento de lo "sagrado" que la mayoría ha sentido durante la Misa, en unos ejercicios, o en un momento de oración. Pero la experiencia típica de encontrar a Dios en todas las cosas, es junto a un Dios presente en medio de nuestras experiencias

diarias constantemente amontonadas. Ignacio afirma que Dios no se halla exclusivamente en la oración sino en medio de las preocupaciones de la vida diaria que nos invaden con el consiguiente paso del tiempo: conversación, desempeño del trabajo, vida de familia, acción, estudio, situaciones físicamente duras y psicológicamente preocupantes. "Encontrar a Dios en todas las cosas" es encontrar a Dios incluso en aquellas ocasiones que a primera vista parecen robarnos la calidad contemplativa de la vida cristiana. Para encontrar a Dios en todas las cosas es necesario aprender poco a poco la diversa amplitud de formas que la presencia de Dios toma. En ciertos momentos hallamos a Dios como complemento, el elevarnos a un poder más alto que nos permite obtener de modo ordinario experiencias "buenas"; a veces experimentamos a Dios en el fondo de nuestra naturaleza pecadora; en nuestra fragilidad y en la necesidad de curación y perdón. A veces la presencia de Dios se aprecia como un tenue sentido consciente; la corriente contemplativa fluye por debajo—como en momentos de actividad absorbente—donde produce sus efectos en las raíces que nos motivan, y de las que se origina la actividad humana.

Dios, activo, libre, en el drama de la historia

El prestar atención a la acción de Dios condujo a Ignacio a formular preguntas sobre cosas que trascenderían la pompa de la caballería y el amor cortesano; preguntas sobre nuestra naturaleza, nuestro lugar en el universo y nuestro destino. A través de muchos años de intensa oración, experiencia y reflexión, Ignacio descubrió respuestas, que el enfrentarse a ellas, producirían un mundo que ha ayudado a transformar las vidas de millones de personas durante más de cuatro siglos y medio.

I. Dios se revela a sí mismo activo en la creación

Ignacio insiste que vivimos en un mundo que "está recargado de la grandeza de Dios: llameará como el brillo que se desprende de lentejuelas de oro sacudidas". Ignacio querría que nos de-

tuviésemos y contempláramos la bondad de Dios en su creación, no en analizarla como se analiza un tubo de ensayo, sino permitir que la realidad de la presencia de Dios se convirtiera en una experiencia de Dios transparente, temerosa, pero a la vez llena de amor hacia aquel Dios que está ciertamente con nosotros. Ignacio concibe nuestra postura como una posición de respeto y admiración, de aprecio hacia los misterios de la creación, el universo, la misma existencia humana.

Si recordáis vuestra experiencia de la educación jesuita, podréis daros cuenta que fue un medio para ayudaros a descubrir, esta fundamental intuición interna ignaciana; i.e., descubrir la bondad de Dios en su don de la creación y de manera especial en el misterio de la persona humana —examinando el significado de la vida, valores. La formación intelectual sólida en una escuela jesuita ha incluido siempre la habilidad creciente de razonar y reflexionar, lógica y críticamente. Además de todo esto, la imaginación, afectividad y creatividad de cada estudiante son esenciales en la formación de toda la persona, y son camino para descubrir a Dios tal como se revela a sí mismo en la belleza de la creación. Todos estos aspectos del proceso educacional tienen un fin común: la formación de una persona equilibrada con una filosofía de la vida desarrollada, que incluye la reflexión continua. Puesto que lo verdaderamente humano se encuentra exclusivamente en aquellas relaciones con los demás, que incluyen actitudes de respeto, amor y servicio, la educación jesuita insiste en el papel que desempeña cada individuo como miembro de la comunidad humana.

En todo esto es necesario poner el énfasis en la capacidad de creer lo que Ignacio desvela en nosotros como colaboración con Dios que siempre trabaja activamente en nosotros, incluso a pesar nuestro. "La mayor Gloria de Dios" dice "magis", "más", "mejor"; expresa todos estos comparativos intensivos en los que Ignacio encarna su espiritualidad. El peregrino nunca llega; debe siempre seguir adelante. Nunca debe detenerse donde cree que termina el horizonte; debe seguir creciendo, madurando en la fuerza creadora que Dios le da, hasta llegar a la plenitud del amor. Este movi-



miento nos urge a buscar la excelencia; pero para el que cree es también una apertura al Totalmente Otro y a su Amor por los demás.

II. La libertad es el don de Dios a hombres y mujeres

Este crecimiento nos urge a despojarnos de los vestigios de los valores ilusorios del propio interés que conducen a la injusticia y orgullo, y adoptar una perspectiva de apertura que nos permite percibir y obrar sobre aquellas realidades que son verdaderamente para la mayor gloria de Dios y nuestra misma felicidad. Esta es una experiencia liberadora, pues nos ofrece la libertad para pasar a la acción. Esta libertad radical de hombres y mujeres, don de Dios a sus hijos, no consiste en solamente despojarnos del apego a la propiedad, a la reputación, a la salud, sino en una liberación interior de todas las suposiciones falsas, de valores deformados, y de mitología de clase o culturales que desvirtúan nuestra percepción de la realidad. Todos, en diferentes medidas, sufrimos el influjo de la red de valores que las corrientes de nuestra respectivas culturales comparten. Ignacio quería que ilumináramos las contradicciones y ambigüedades dentro de esta red, y así liberarnos de las desvirtuadas percepciones de la realidad que muchos de estos valores engendran. So-

lamente así podremos ser libres, sin estar sujetos a nadie siendo sensibles al Espíritu de la Verdad.

El crecimiento del uso responsable de la libertad en las escuelas jesuitas se facilita más en la relación personal entre el estudiante y el maestro. Esta relación personal es una reflexión del encuentro de la persona-con-la-persona que marcó la experiencia de Ignacio de Manresa. Maestros y administradores, jesuitas y seculares, son más que guías académicos. Están comprometidos con las vidas de sus estudiantes, tomando un interés personal en el desarrollo intelectual, afectivo, moral y espiritual de cada uno de ellos, ayudando a todos a desarrollar un sentido de su propio valer y a convertirse en individuos responsables dentro de la comunidad. Mientras respetan la intimidad de los estudiantes, los maestros de nuestras escuelas y universidades están dispuestos a atender sus preocupaciones e intereses sobre el significado de la vida, a compartir sus alegrías y penas, a ayudarles en su crecimiento personal y el de sus relaciones interpersonales. De estas y otras maneras, los miembros adultos de la comunidad educacional dan ejemplo personal y ayudan a sus estudiantes a desarrollar un grupo de valores que conducen a tomar con confianza y con libertad decisiones que van más allá del egoísmo; incluyen la preocupación por las necesidades de los demás. La "Cura personalis" (preocupación por el individuo personal) permanece como una categoría de la educación jesuita.

III. La Historia humana es ciertamente dramática

Ignacio, además, nos empuja a ir más allá de las impresiones superficiales a fin de captar el drama humano y cósmico de la situación humana. Abundan las sutilidades, las opciones reales de la vida rara vez se perciben con claridad, ¿pero, a dónde me llevan? ¿Qué es lo que realmente me motiva debajo de la superficie? "El hombre no puede, en verdad, servir a dos señores". La lucha es real, el drama decisivo. En el drama de la vida, ¿estamos, en lo más íntimo de nuestras conciencias, con Cristo o contra El? Para trabajar juntamente con

Dios, Ignacio ve a la persona humana como un factor decisivo, que rehusa seguir la corriente, ser arrastrado de un lado a otro, ya sea por eslogans o rumores, o por impresiones o sucesos. Ignacio nos aconseja estar en guardia contra prejuicios instintivos, con los que de manera sutil el egoísmo se impone a sí mismo en nuestros juicios, basándolos en modas o ideologías que pueden perjudicar nuestras decisiones.

Imágenes de un Dios alejado de nuestros problemas seculares, y la ideas rificadas de experiencias espirituales, fortalecen la impresión que desde un punto de vista de la fe, muchas de nuestras elecciones diarias encuentran un terreno neutral. La espiritualidad de Ignacio, sin embargo, nos invita a repensar por entero este enfoque. No sugiere que convirtamos en crisis toda decisión que se deba tomar, pero propone otro modo de mirar nuestras opciones que implican relaciones con los demás. Ignacio nos enseña a ser conscientes de la importancia de nuestras decisiones en el terreno privado o político, pues cuestiones que se refieren a la verdadera cooperación con los demás, conllevan necesariamente profundos temas vitales: "el bien de nuestras almas" y "los intereses de Dios y de su reino". Ignacio señala que, a la larga, estos dos intereses nunca pueden estar en contradicción.

Es pues necesario poner como base de nuestras vidas el reconocimiento de que todo lo recibido es un don. Durante el año ignaciano, los 24.000 jesuitas en el mundo han meditado la invitación de Ignacio, "pedir cognoscimiento interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad" (Ex. 233). Todo ha sido recibido con el fin de ponerlos a disposición de los demás, con gratitud y generosidad, ya que los bienes que nos han sido otorgados serán mi alegría, sólo cuando los haya compartido con otros en el nombre de Dios, el Donador. Todo don recibido también comporta una deuda de reconocimiento, cuya expresión en concreto es ayudar a los que sufren.

IV. La norma es la "Mayor Gloria de Dios"

Después de considerar estas facetas de la espiritualidad ignaciana, compren-

demostramos por qué Ignacio insiste en el más, la mayor gloria de Dios. La mediocridad no tiene lugar en la visión mundial de Ignacio; "el pide líderes que erijan el Reino de Dios en el mercado de negocios e ideas, de servicio, de ley y justicia, de economía y eclesiología.

Una meta tradicional de la educación jesuita ha sido la formación de "líderes": hombres y mujeres que asuman responsabilidad en la sociedad a fin de que tengan una influencia positiva sobre los demás. Cualquiera que sea el significado que haya podido darse en el pasado a este concepto, el fin de la educación jesuita, entendiendo la visión global de Ignacio, no es la preparación de una élite socio-económica, sino más bien educar a líderes en el servicio. La escuela jesuita, por consiguiente, ayuda a los estudiantes a desarrollar las cualidades de mente y corazón que los capacitará —en cualquier posición que asuman en el mundo— para trabajar con los demás por el bien de todos en el servicio del Reino de Dios.

V. Esta visión tiene como centro la persona de Cristo "el hombre para los demás"

Y el conjunto de la posición y visión de Ignacio se centra en la persona de Cristo. El principio encarnacional, la unidad divina del Verbo hecho carne impresionó con fuerza a Ignacio. Ni el idealismo platónico o filosófico sería suficiente para seguir a Cristo. Ignacio estaba convencido de que una persona no crecería en madurez sólo con la ayuda de palabras hermosas y pensamientos maravillosos; pero, por otro lado, sin ideas ni sueños, nadie podría llegar a desear la madurez. Sabemos por experiencia que los jóvenes no se forman solamente con disciplina; no obstante, sin disciplina y sin decisiones concretas, sin encarnarlas en los proyectos de la vida, los jóvenes sólo pueden soñar. Es en la contemplación del misterio de la Encarnación, donde Ignacio descubrió esta "realidad divina que sale fuera de sí hacia el trascendente, pero obra en realidades concretas y las más restringidas de la vida humana". La acción salvadora de Dios debe ser continuada siguiendo el ejemplo de Jesucristo, el Hombre para los Demás. Hemos sido

llamados a modelar nuestras vidas en Jesús, que comparte nuestro sino y se convierte por nosotros en camino, verdad y vida —Jesús que comparte sus ministerios incluso con burdos pescadores— se compadece de la multitud y alimenta a los hambrientos, da vista a los ciegos —es el buen pastor que entrega su vida por las ovejas— perdona a sus verdugos y vuelve en plenitud de vida con el don de la paz de Pascua —¿"Qué piensas de Cristo Jesús?"— "¿Quién decís que soy?".

VI. La prueba es realismo

Ignacio no examinó la realidad de manera meramente especulativa. Insiste en que los principios deben ser llevados a la práctica cualquiera que sea el precio. La dialéctica de contemplación y acción es esencial para que nuestro enfoque quede claro, y nuestro compromiso cierto. Ignacio nunca fue un pobre visionario, pues trajo un entendimiento ordenado y disciplinado para la comprensión de la realidad. Su visión se encarnaría en aquellas que abren el camino del Reino de Dios. Para él la prueba del amor eficaz debe hallarse en obras, no en palabras. Esta meta se encontrará en todos los ministerios ignacianos. Por ejemplo, la consecución del desarrollo intelectual hasta el límite de la medida dada por Dios a cada estudiante queda de verdad como una de las metas importantes de la educación jesuita. El fin de ésta nunca fue el almacenar información o preparar para un trabajo, aunque ambas cosas sean importantes en sí mismas y útiles a los líderes cristianos que van emergiendo. El último fin de la educación jesuita es, sobre todo, el desarrollo completo de la persona que conducirá a la acción, especialmente a la acción infundida por el espíritu y la presencia de Jesucristo, el Hombre-para-los-Demás. El fin de una acción basada en la sana comprensión y vivificada por la contemplación, urge a los estudiantes a la propia disciplina e iniciativa, a la integridad y exactitud. Al mismo tiempo, juzga como negligentes aquellos modos superficiales de pensar que son indignos del individuo y, más importante, peligrosos para el mundo al que ellos han sido llamados a servir.

A medida que nos encontramos con

el Señor vivo en la experiencia de los ejercicios, Ignacio nos propone preguntas de amor como instrumento para que nuestra espiritualidad sea más concreta, nuestra vida en el Espíritu del Señor:

— ¿Qué respuesta debería dar a un Dios que ama tanto?

— ¿Qué he hecho por Cristo?

— ¿Qué hago por Cristo?

— ¿Qué debería hacer por Cristo?

Poniendo esta experiencia de su encuentro a disposición de todos los hombres y mujeres, Ignacio ha ayudado a innumerable gente a responder personalmente a la pregunta del Señor: "¿Y vosotros, quién decís que soy?" En nuestra respuesta a esta pregunta podemos descubrir el significado de nuestras vidas, un considerable don de Dios que Ignacio nos ayuda a recibir.

¿A quién va destinada la espiritualidad de Ignacio?

Puesto que Ignacio recibió su vocación y misión cuando todavía era un seglar, fue consciente de que su modo de enfocar a Dios no quedaba restringido a clérigos o a religiosos profesos. En el transcurso de su vida, Ignacio invitó a seglares, hombres y mujeres, a compartir su mismo espíritu y espiritualidad. Les invitó a trabajar con él y con sus hermanos jesuitas en el servicio de los pobres, en la ayuda a las prostitutas reformadas, en la construcción del Colegio Romano. Y no sólo les pidió ayuda económica; él quería su participación personal en estos trabajos para que experimentasen el reto y la gracia de Dios que trabaja a través de ellos. Frecuentemente mantenía conversaciones espirituales con esta gente para ayudarles a reflexionar sobre su experiencia y descubrieron cómo Dios estaba actuando en sus vidas y en las vidas de los demás. Y les invitaba a ellos y a sus compañeros jesuitas a ser líderes en el servicio. Ignacio insiste en la mayor gloria de Dios, el más, no por ningún sentido de orgullo, sino porque el mundo necesita tan desesperadamente un saludable liderazgo, no solamente en el área civil, profesional, financiera, eclesiástica, científica, técnica sino en otras muchísimas áreas de la vida. Más brevemente, Ignacio se esforzó en formar hombres y mujeres seglares, competentes y conscientes, que

estuvieran lo suficientemente liberados de los ídolos del egoísmo y de la coacción, para salir de sí mismos y servir a los demás. Este fue el motivo que le impulsó a comenzar colegios —formar los importantes líderes de los que tenía tanta necesidad el mundo.

¿Cómo podemos vivir nuestro compromiso?

Vuestra llamada hoy como Antiguos Alumnos es para compartir lo que habéis recibido de Dios por medio de la pedagogía ignaciana. Esto necesariamente llevará consigo ser hombres y mujeres que reflexionen sobre la realidad del mundo a su alrededor con todas sus ambigüedades, oportunidades y retos, a discernir qué ocurre en realidad en vuestras vidas y en las vidas de los demás, a encontrar a Dios allí, y descubrir a dónde os llama, a usar criterios para las opciones de importancia que reflejan más los valores evangélicos que el propio interés estrecho y exclusivo, a decidir bajo la luz de lo que es verdaderamente para la mayor gloria de Dios y para el servicio de los necesitados, y luego obrar en consecuencia.

¿Pero, cómo podemos poner todo esto en un conjunto concreto en nuestras vidas? Sugiero oigáis al Papa Juan Pablo II en su reciente encíclica "Centesimus Annus":

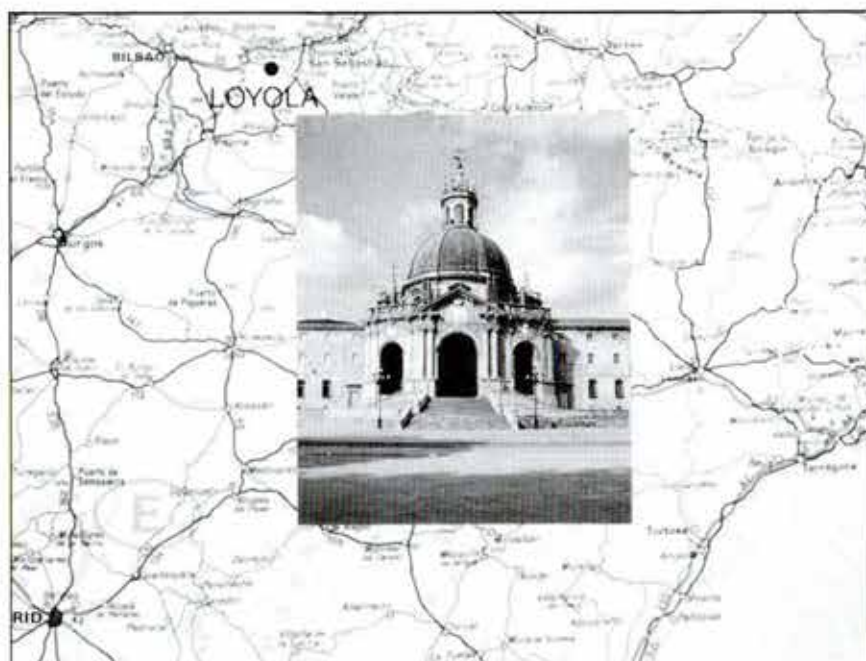
"El amor de la Iglesia por los po-

bres la impele a prestar atención a un mundo donde la pobreza amenaza asumir proporciones masivas a pesar de su progreso tecnológico y económico. En los países del Oeste, experimentan diferentes tipos de pobreza grupos que viven al margen de la sociedad, los viejos y los enfermos, las víctimas de la sociedad de consumo, e incluso de modo más inmediato, tantos refugiados y emigrantes. En los países en vías de desarrollo, se perfilan en el horizonte crisis trágicas, a no ser que se tomen medidas coordinadas a nivel internacional, antes que sea demasiado tarde".

"El amor a los demás, y en primer lugar el amor a los pobres, en los que la Iglesia ve al mismo Cristo, se convierte en algo concreto para la promoción de la justicia. La justicia no será nunca plenamente conseguida a no ser que la gente vea en la persona del pobre, que solicita ayuda para sobrevivir, no un motivo de enojo o una carga, sino una oportunidad de demostrar su bondad, y una ocasión de crear riqueza. Sólo esta conciencia puede dar la valentía que se necesita para enfrentarse al riesgo y al cambio que se requiere en cualquier intento de acudir a la ayuda de otro"

"Os agradezco todo lo que habéis hecho"

En la conclusión del Tercer Congreso de la Unión Mundial de Antiguos Alumnos en Versalles, la resolución que aprobastéis unánimemente dice en parte:



"Nos comprometemos como Antiguos Alumnos de los Jesuitas de todo el mundo a trabajar juntos, cada uno en su profesión y condición de vida, por los hijos de Dios más pobres: los refugiados. Algunos de nosotros podremos ayudarles directamente en su necesidad física y humana que tienen de cobijo, alimento, y amistad; otros podremos trabajar en nuestra profesión ejerciendo nuestra influencia legal, médica, política y en otras estructuras sociales que puedan ayudar a los refugiados".

De hecho he leído con alegría informes de los esfuerzos de algunos Antiguos Alumnos y organizaciones de Antiguos Alumnos por el cumplimiento de esta resolución. En otros casos, he podido comprobar en visitas personales o por medio de cartas, el trabajo espléndido de Antiguos Alumnos, que dan su asistencia, por medio de esfuerzos de tipo personal, a los pobres, ancianos, enfermos, minusválidos, drogadictos, y la multitud de los que en las aceras completamente desvalidos, esperan al buen samaritano que vaya a vendar sus heridas a fin de morir. Otros han hecho esfuerzos para iniciar amistades con los refugiados y con aquellos que carecen de reconocimiento humano y de amor. Esto también significa curación —curación de heridas— con frecuencia más profundas que la debilidad física. Y aún otros, entre los Antiguos Alumnos, han prestado sus habilidades profesionales para enderezar, y en ocasiones para enfrentarse a sistemas e instituciones legales, políticas y sociales que trabajan satisfactoriamente por los privilegiados. Entre vosotros se encuentran médicos expertos que se esforzaron en sanar, nutrir a los enfermos, a los hambrientos, a los pobres. Todos estos hombres y mujeres han respondido a su manera a la llamada del Rey al que, Ignacio insiste, hemos de oír. Han tomado su lugar bajo la Bandera de Cristo para trabajar con El en la construcción de un mundo donde haya comprensión y amor curativo al servicio de aquellos, hombres, mujeres y niños que necesitan nuestro servicio: "Sí! Lo que hicisteis por uno de estos mis hermanos mínimos, lo hicisteis por mí". Os agradezco todo lo que habéis hecho.

"Os pido que trabajéis por los pobres"

Pero algunos tienen todavía que

empezar. Os pido que trabajéis por los pobres, y hagáis todo lo que podáis por los refugiados. Existen documentos en abundancia que enumeran los ideales, las posibilidades y los planteamientos de vuestras Asociaciones. ¡Pero hay necesidad de una acción más concreta! Hemos aprendido que, sólo cuando los hombres y mujeres empiezan de verdad a hacer algo, la renovación real empieza a tener lugar. ¡Los hombres y mujeres apostólicos no ejercen su apostolado con meras palabras sino con la acción apostólica! Cuando hablo de acción, no pienso solamente en su acción como individuos. Vuestras Asociaciones adquirirán vida nueva en la medida en que se conviertan en activas. Es válido compartir memorias, y la formación continua es esencial; pero todo ello ¡debe conducir a la acción! Vuestra renovación depende de ello; y el mundo necesita todo lo que podéis ofrecer.

Vosotros tenéis experiencias y formación profesional que, junto con la visión ignaciana en vuestras vidas de seglares, pueden enriquecer lo que está haciendo la Compañía. Los problemas de la cultura moderna son complejos; necesitamos la combinación de nuestras fuerzas y experiencias para enfrentarnos a los mismos. Los jesuitas podemos acompañaros, trabajar con vosotros, ayudaros, ser vuestros socios bajo la Bandera de Jesucristo, cuando os deis a vosotros mismos para la construcción de un mundo de justicia y paz, un mundo de amor y comprensión.

Este es el reto que pongo ante vosotros en esta década que nos lleva al nuevo milenio. ¿Haréis algo para hacer vuestra la opción preferencial por los pobres? Esta opción no es nunca exclusiva, pero enfoca a aquellos que no tienen los medios suficientes para vivir una vida humana decente. En algunos casos, esto significará asistencia económica de emergencia; en otros, significará la toma de una posición como ciudadanos en lo que se refiere a normas públicas; también a veces significará tener que prestar vuestro apoyo a normas de proceder, en el ejercicio de vuestra profesión y trabajo pro bono; pero encima de todo os pido que uséis la opción por los pobres como criterio en vuestras vidas, y nunca toméis ninguna decisión de importancia sin considerar en

primer lugar cual será el impacto que tendrá en los menos favorecidos de la sociedad.

Conclusión: "llamados por el Espíritu"

Como herederos de Ignacio, más que profesionales cualificados, estáis llamados a ser hombres y mujeres de espíritu. Os guste o no, sois una ciudad descansando sobre una colina. Lo que sois habla más alto que lo que decís. En la cultura de la imagen de hoy, la gente aprende a responder a la imagen viva de aquellos ideales que ellos sienten débilmente dentro de sus corazones. Palabras sobre dedicación total, servicio a los pobres, un orden social justo, una sociedad antirracista, apertura al Espíritu, y otras parecidas, pueden guiarlas a la reflexión. Un ejemplo viviente les conducirá más allá de la reflexión, a vivir el significado de las palabras. Por consiguiente, nuestro crecimiento continuo en el reino del Espíritu debe llevarnos a una vida de plenitud y bondad tan apremiante, que podamos aplicar sin la invitación de Pablo, a esta comunidad: "Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo".

Me doy perfecta cuenta de que los fines de nuestra herencia ignaciana no son fáciles de alcanzar; requieren visión, valentía y gracia de Dios para ayudaros a iniciar la acción. Pero en este esfuerzo no nos encontramos solos. Nuestro Señor nos dijo: "Yo estoy con vosotros todos los días". La fe en la continua presencia y ayuda de Dios nos da la esperanza de que, por débiles que seamos, podemos ser dignos herederos del legado de Ignacio y dar un testimonio eficaz por la Mayor Gloria de Dios.

Gracias por vuestra bondadosa atención.

Peter H. Kolvenbach